

La filosofía y el mito¹.

El reciente estudio, publicado por Emecé, de Mircea Eliade "El mito del eterno retorno" completa su monumental "Historia de las Religiones", lamentablemente aún no traducido a nuestro idioma. El librito a que nos referimos, escrito en forma clara y sencilla, sin recargazón erudita, es una especie de resumen fácilmente accesible del resultado de las investigaciones de Eliade acerca de la "mentalidad primitiva". Quizás ninguna materia ha sufrido tan profundos cambios en su orientación en estos últimos treinta años como el estudio de las religiones primitivas.

Luego de un inmenso acopio de datos y hechos pacientemente recogidos por los investigadores, entre los cuales siempre se recordará a J.G. Frazer, asistimos al derrumbe definitivo de la interpretación racionalista y naturalista de la mitología. A esta altura de las cosas no es posible perseverar en las concepciones ya vulgares, del mito como una especie de leyenda o cuento de advenimientos fabulosos. El cientificismo ha cedido su lugar, en cierta medida, a las geniales intuiciones del filósofo romántico alemán Schelling. Es curioso observar cómo la ciencia ha "puesto al día" a Schelling, es decir que los filósofos se han adelantado a los etnólogos. Hecho que, por lo demás, solo puede sorprender a los desprevenidos.

Los aportes de Mircea Eliade señalan una etapa decisiva en la historia de la "historia de las religiones". Señala el paso de la interpretación positivista, generalmente psicologista o sociologista, al plano de la ontología. De los estudios acerca de la "mentalidad primitiva" se pasa a la "ontología arcaica". La pura investigación empírica de la historia religiosa se ha visto obligada a trascenderse a sí misma, mejor dicho a sus inverificables supuestos racionalistas y naturalistas, y compelida a penetrar en el ámbito de la metafísica, consciente ya de sus insuficientes y del imperativo de una comprensión integral y respetuosa de los hechos.

Es interesante indicar la convergencia, en la ciencia y la filosofía contemporáneas, de diversas orientaciones y planos de investigación. La filosofía de Heidegger, por ejemplo, en su esfuerzo de remontar a las fuentes de la metafísica, en pos del esclarecimiento de la interrogación acerca del ser y del tiempo, encuentra justamente esas raíces últimas en la meditación de los presocráticos. Es así como la metafísica contemporánea, impulsada también por sus intrínsecas exigencias, vuelve su mirada hacia el ser y el sentido de los antiguos mitos y su significación existencial. O sea que la metafísica va acrecentando su interés por la mitología (y, por otro lado, los investigadores de la mitología se aproximan a la metafísica). En verdad, este fenómeno no es producto del azar, sino un momento necesario para la comprensión del tiempo y de la historia que tanto preocupa a nuestros contemporáneos. En cierto sentido, al decir de G. Gusdorf, la mitología es una primera metafísica, y la metafísica una mitología segunda. Y conste que esto no implica desmedro alguno para el rigor intelectual y la verdad de la filosofía, aunque sí, cabe reconocer, se abre un sendero peligroso. Se trata de un camino fecundo que puede empero desembocar en un inepto irracionalismo y en una sustitución de la inteligencia por la imaginación. Pero, bien se sabe, el peligro es el precio de la fecundidad.

El estudio de Mircea Eliade es ante todo una excelente introducción no solo al tema de la historia de las religiones que está, decíamos, en trance de renovación total, sino que además indica una

¹ El Nacional nro.14, 7 de octubre de 1953

vía a seguir en el problema de la temporalidad. Por otra parte, el mismo autor, indica en el prólogo que su intención segunda era una introducción a la filosofía de la historia, pero que reconocía que esto era demasiado ambicioso.

Diremos brevemente algo del contenido de este libro. Según Eliade, el mito funciona en el hombre primitivo en un nivel prerreflexivo, o mejor, precrítico anterior a las disociaciones intelectuales. Se trata de una ontología concreta, vivida y no abstracta y conceptual. Es un estadio anterior a la razón especulativa. El mito no es ante todo pensamiento sino un modo de inserción concreto en lo real. Se revela como una magna empresa de exorcización y anulación del tiempo del terror al tiempo inscripto en el corazón del hombre. El mito permite referir toda acción humana a un modelo transhistórico, a un arquetipo. Es una auténtica liturgia de la repetición en la que no caben acontecimientos inéditos. Todo acontecimiento es ejemplar, se reduce a un arquetipo dado en un origen intemporal de una vez para siempre. La realidad es participación y repetición, y todo lo que carezca de arquetipo está desprovisto de sentido, no es real.

Esta empresa de anular el tiempo que es esencial a la consciencia mítica, y no solo a la consciencia mítica acotemos sino a multitud de otras formas históricas, desde la manía de seguridad económica burguesa hasta la dialéctica marxista, revela a la vez en el hombre primitivo una maravillosa penetración de la realidad. Tan profundo es el simbolismo primitivo que persiste y está latente en el comportamiento diario del hombre más "civilizado" de nuestro tiempo y esto no es posible desconocerlo en su auténtica significación ni considerarlo como un residuo de supersticiones superfluas. Por otro lado, Eliade se plantea el problema del historicismo, es decir, de la idea antitética de la del primitivo en cuanto al tiempo. El historicismo considera a la historia como un continuo progresivo, irreversible, siempre novedoso y relativo. Aunque el historicismo revela una de las fases del misterio del tiempo es, sin embargo, parcial. Eliade indica la necesidad de superarlo, pues solo puede conducir al hombre al escepticismo y a la desesperación. El historicismo es el mal del siglo. Pero las observaciones de Eliade son insuficientes, menos inteligentes, por ejemplo, que las de G. Gusdorf en una obra de análoga intención, "Mythe et métaphysique".

Para terminar esta nota, quede aquí sentada como afirmación gratuita que considero que el problema de la temporalidad solo puede encontrar su adecuada solución en la comprensión del ritmo y el sentido de la liturgia católica, que revela ser la más perfecta síntesis de la concepción cíclica y la concepción progresiva del tiempo, irreversibilidad y repetición se encuentran en ella conciliados. Es extraño que un hecho tan extraordinario como éste no haya atraído la atención de los investigadores.